

El fin de la excepción alemana

Entrevista con Heinrich August Winkler*

Se ha vuelto trivial advertir el contraste entre el feliz nacimiento de una moneda europea y cierta indiferencia francesa hacia aquello en lo que se está convirtiendo Alemania desde hace diez años. Las monedas y las economías se acercan, pero las mentes denotan menos pasión por el intercambio. Es inquietante, aunque irrefutable, que menos franceses aprenden alemán y menos alemanes francés. Considerar un renacimiento de Europa en una especie de indiferencia ligera o frívola hacia nuestras experiencias presentes, nuestras lenguas y nuestras culturas, ¡sería evidentemente una paradoja insostenible!

Desde 1945, el diálogo francoalemán estaba sostenido por verdades que funcionaron durante cincuenta años, pero que a veces en estos últimos tiempos están volviéndose clichés inoperantes. Hoy, después de la reunificación alemana, la problemática del diálogo de la posguerra es demasiado corta, y hay que ir más allá. Desde hace diez años sentimos que es necesario volver a empezar de otra manera y acoger a la Alemania nueva con nuevos conceptos.

Los mutuos sentimientos de inferioridad y de superioridad (la “superioridad económica” de Alemania compensada por la “superioridad política” de Francia) ya no son suficientes. Los hombres de negocios franceses están perdiendo su complejo de inferioridad y los políticos alemanes ya han perdido el suyo. Todo está en su sitio para un diálogo más depurado y que corresponda mejor a las circunstancias de la Alemania reunificada. Aunque to-

* Entrevista realizada por J.-C. Eslin, D. Vernet, M.-O. Padis, J.-L. Schlegel y C. Leonzi en París, el 17 de septiembre de 2001, y traducida al francés por Christophe Leonzi. Traducción al español de Arturo Vázquez Barrón © *Esprit*.

avía hace falta querer profundizar más en nuestras respectivas culturas, interrogar de nueva cuenta a la historia de ambas naciones, cuestionar lo que parece ser evidente: una labor que, entre otros, había iniciado Louis Dumont, particularmente en l'Idéologie allemande, France-Allemagne et retour¹ (La ideología alemana, Francia-Alemania y regreso).

Es en estos momentos cuando Heinrich August Winkler ha salido, por así decirlo, al encuentro de nuestras preocupaciones con su gran libro en dos volúmenes Der Lange Weg nach Westen, Deutsche Geschichte² (El largo camino hacia el Occidente, historia alemana) y cuando lo hemos invitado para unas entrevistas en París, al mismo tiempo que deseamos que esta obra no tarde en traducirse al francés. Los dos textos siguientes, la entrevista que tuvo lugar en Esprit y la presentación de Christophe Leonzi, son el reflejo de estas jornadas parisinas. Es nuestro deseo que las ideas y sugerencias que contienen marquen el relanzamiento de nuevos diálogos y debates entre alemanes y franceses.

Jean-Claude Eslin

ESPRIT: El título de su historia política de Alemania publicada en 2000, Der Lange Weg nach Westen, Deutsche Geschichte, parece ofrecer un hilo conductor para la lectura de su trabajo. Pero, ¿qué debe entenderse por “occidentalización”?

Heinrich August WINKLER: El título de mi historia política de Alemania, El largo camino hacia Occidente, resulta de una formulación muy tardía, cuando la obra estaba casi terminada. No significa que haya yo perseguido un objeto teleológico, sino que expresa más bien una forma de ironía por el empleo del calificativo “largo”. Tengo, en efecto, la clara conciencia de que Alemania siguió una vía particular (Sonderweg), no porque se hubiera desviado de una “vía normal”, sino en razón de su marcha misma hacia el Occidente y la democracia, que se reveló en extremo complicada y sembrada de catástrofes. Me esmero en ilustrar esto mediante la reflexión sobre las causas del fracaso de la revolución de 1848 en Alemania, que era una tentativa de occidentalización.

¹ Louis Dumont, *L'Idéologie allemande, France-Allemagne et retour*, Paris, Gallimard, 1991.

² Heinrich August Winkler, *Der Lange Weg nach Westen, Deutsche Geschichte*, 2 vol., Munich, Bech, 2000-2001.

La fiesta de Hambach de 1832, situada bajo el signo de una fraternización francoalemana y europea, plantea un punto de partida análogo al de los otros movimientos europeos. Dieciséis años después, la onda revolucionaria francesa atraviesa el Rin y arrastra, un poco a regañadientes, a los liberales moderados, que con gusto se habrían contentado con una “Revolución hecha desde arriba”, hacia un movimiento revolucionario. Ahí es donde, para delimitar el problema, debe efectuarse una comparación con Francia: en efecto, los demócratas y los liberales alemanes se fijan un objetivo todavía más ambicioso que el de los revolucionarios franceses de 1789. Éstos ya se movían en el marco del Estado-nación: para ellos el asunto era modificar radicalmente sus principios, haciéndolo reposar en la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los liberales alemanes se fijan el doble objetivo de la unidad y de la libertad. Es decir que simultáneamente quieren crear el marco nacional que aún no existe y fundarlo como Estado constitucional. Y precisamente es en ese ambicioso doble objetivo en donde fracasa la revolución alemana: realizar unidad y libertad de manera simultánea se reveló como una tarea insoluble. En efecto, el objetivo de la unidad plantea la necesidad de definir lo que es Alemania, lo que es la patria alemana, la vieja pregunta de Ernst Moritz Arndt.

¿Qué es Alemania? Si se da la respuesta de casi todos los demócratas, liberales o socialistas alemanes de 1848, es decir, en la idea de Arndt, “el lugar donde retumba la lengua alemana”, se trata entonces de un proyecto que revolucionaria a toda Europa. En efecto, esta definición abarca la parte alemana del imperio de los Habsburgo, y se trata de transformar en lo mínimo el conjunto de la confederación germánica de la época en un Estado nacional, lo que plantea los problemas inmensos de Bohemia-Moravia, de una parte de Tirol, de Trieste, o también de una parte de los territorios de Prusia, que no están en la confederación, etcétera. Es decir, una serie de dificultades que implican prácticamente a todas las grandes potencias europeas de la época. Entonces, el solo objetivo de la unidad no puede alcanzarse sino mediante la guerra. Así, entre los revolucionarios alemanes se levantan voces que llaman a una guerra contra la Rusia autocrática, contra la Inglaterra capitalista, o incluso a una guerra mundial, arguyendo que la revolución no puede salir victoriosa más que siendo radical, y por lo tanto acaecer mediante la guerra.

Dentro del movimiento de entusiasmo revolucionario que suscita la cuestión de la unidad, en la mayoría de los liberales alemanes la cuestión de la libertad aparece en un segundo plano. Y cuando el vuelco de la opinión general se da finalmente a favor de la solución de una pequeña Alemania, sin Austria, ya es demasiado tarde: el rey de Prusia afirma que no desea ser el emperador del pueblo. Así, la revolución alemana de 1848 y la tentativa de occidentalización fracasan en razón de las contradicciones internas que acarreó una resolución simultánea de las cuestiones de la unidad y de la libertad.

En respuesta al fracaso de la revolución surgida de abajo, la revolución surgida de arriba, bismarckiana, no constituye a mi modo de ver más que una forma de occidentalización parcial, en la medida en que el Estado nacional que se establece no tiene pretensiones universales. La fórmula de la pequeña Alemania, por más espantosa que pueda parecer a los ojos de los franceses, en razón de la anexión de Alsacia y de una parte de Lorena, constituye una solución política más moderada frente a las consecuencias que habría acarreado la constitución de una gran Alemania expandida al conjunto de los territorios germanófonos y que habría trastornado de manera mucho más radical el equilibrio europeo. De igual manera, la vía bismarckiana responde a los problemas de la época desde una mentalidad antioccidental: el sistema bismarckiano no puede satisfacer la exigencia de libertad y de parlamentarización que destruiría a la antigua Prusia. Además, los otros Estados alemanes, Baviera, Wurtemberg o Sajonia, no están interesados en abdicar a favor del parlamento alemán. Así, la cuestión de la unidad queda resuelta, pero se aplaza la de la libertad.

Mi tesis al respecto es que la no solución de la cuestión de la libertad constituye el núcleo de la evolución parcial de Alemania. El sistema bismarckiano descansaba en un Estado autoritario y militarista, aunque también en una democratización limitada, fundada particularmente en la concesión del sufragio universal masculino, que ocurrió relativamente pronto. Así es como los alemanes se acostumbran, bajo el imperio bismarckiano, a una forma desequilibrada de participación política, al combinar una práctica política del sufragio universal que no se acopla con la responsabilidad parlamentaria. La introducción precoz del sufragio universal y la introducción retrasada del sistema parlamentario, tal es la contradicción fundamental del proceso de democratización en Alemania.

La introducción del parlamentarismo en 1918, en el contexto de una derrota militar, impuso pesadas cargas a la República de Weimar. En definitiva, una de las causas del fracaso de Weimar es que la democracia, percibida como una forma de gobierno impuesta por los aliados, nunca fue aceptada por las antiguas élites, sino denunciada como una maniobra de Wilson. Así, con Weimar, las élites alemanas no aceptaron la democracia más que con reservas, como una obligación, que expresaba la forma de gobierno de los enemigos, impuesta bajo la presión de la victoria de los occidentales y de la conjura interna de los marxistas. Al final del régimen de Weimar, las élites incluso combatieron activamente el sistema democrático, percibido como causa de la declinación de Alemania. Con Weimar no había, en efecto, apego a la constitución, sino más bien un consenso relativo a la revisión del Tratado de Versalles. Sólo los socialdemócratas defendieron finalmente el sistema parlamentario. Después del fracaso del sistema parlamentario y de su reemplazo por un régimen semiautoritario que se funda en decretos-leyes del presidente del Reich en 1930, resulta que no es posible revertir el curso de la historia. En lo sucesivo, Hitler puede movilizar el gran resentimiento contra la democracia occidental que, en efecto, fracasó en la Alemania de Weimar. Al mismo tiempo, Hitler puede apelar al derecho del pueblo a la participación política –ya garantizado a los alemanes por Bismarck en forma de sufragio universal–, derecho que los gabinetes presidenciales habían privado de su efecto político. Es así como Hitler se vuelve el principal beneficiario de las contradicciones del proceso alemán de democratización.

No tiene usted empacho en mostrarse irónico respecto de la élites cultivadas alemanas, que hasta el comienzo del siglo XX no parecían percibir tales apuestas de la democracia.

Al inicio de la República de Weimar existía un pluralismo intelectual que ofrecía un amplio abanico, desde la izquierda radical hasta la derecha autoritaria. La cultura política del régimen de Weimar conoció una forma de “corrección” progresiva de la posición intelectual dominante, que al principio ocupaban la izquierda y los liberales, a favor de tesis conservadoras, aunque cuando Hitler accede al poder, lo que reina en el campo intelectual es la “revolución conser-

vadora” y resulta mucho más representativa de las élites intelectuales que un Kurt Tucholsky. La inteligencia establecida es mayoritariamente adicta a las ideas conservadoras. El régimen republicano no logró aportar cambios de fondo en el sistema de la universidad o en la magistratura, por ejemplo.

La responsabilidad de las iglesias en esta evolución es importante. La Iglesia evangélica en Prusia resulta favorable a las tesis de la derecha nacional y figura entre los apoyos activos de partidos que propagan el antisemitismo. La figura de Otto Dibelius, uno de los principales dirigentes de la Iglesia evangélica y miembro comprometido del partido nacional alemán, abiertamente antisemita, es en este sentido representativa.

Si bien los medios católicos apoyan mayoritariamente a Weimar en nombre de un “republicanismo de la Razón”, una minoría activa de intelectuales católicos de derecha lleva un combate decisivo en la promoción de la “revolución conservadora”. Es particularmente el caso de Max Scheler, quien, desde la primera guerra mundial, defiende tesis ultranacionalistas que no les piden nada a las ideas de un Werner Sombart.

Mientras que la élite política del imperio alemán, imbuida de la superioridad prusiana, permanecía apegada a la forma de la pequeña Alemania, la caída del imperio de los Habsburgo en 1918 libera –incluyendo a autores que estaban apegados a la solución prusiana, como los historiadores Hermann Oncken o aun Friedrich Meinecke– las tesis granalemanas que legitiman la fusión de Austria y Alemania en un solo Estado. El marco del antiguo imperio romano germánico regresa así al honor. La obra de Friedrich Naumann, *Mitteleuropa*, que intenta mostrar la nueva actualidad que reviste la idea del antiguo imperio como pedestal político de la “comunidad de destino” de los alemanes, constituye desde 1915 una de las obras precursoras en este sentido. En realidad, después de 1918, estas ideas las sostiene de manera creciente una coalición heterogénea que va desde los socialdemócratas hasta una parte de los nacionalalemanes.

De igual manera, la “revolución conservadora” trabaja activamente en el renacimiento de la idea del viejo *Reich*, en el sentido de una solución granalemana. El resurgimiento del mito del *Reich* va mucho más allá de la perspectiva del *Anschluss*. Al respecto existen reflexiones muy interesantes de un judío convertido

al catolicismo, Waldemar Gurian, quien publica en 1932 un libro³ cuya tesis central consiste en una lúcida advertencia contra los peligros que oculta el llamado al mito del *Reich*: para Gurian, este mito por supuesto que está erigido como un arma universal contra el sistema de Weimar, pero de manera más general también contra los ideales políticos de las revoluciones francesa y norteamericana, contra la Sociedad de Naciones y contra el bolchevismo; va mucho más allá de un programa nacional, se le invoca como la legitimación del levantamiento de Alemania contra el orden mundial y traduce en realidad la voluntad de dirigir espiritual y políticamente a Europa.

La idea de *Reich*, levantada contra la del Estado-nación, es además el arma conceptual que da fundamento a los teóricos de la “revolución conservadora” para rechazar la creación de los Estados de Europa central, como Polonia o Checoslovaquia, a imagen de las naciones enemigas, francesa o británica. El concepto de Estado-nación se percibe como hermano gemelo de la democracia, como una idea occidental, ajena a los alemanes. En nombre del *Reich*, Alemania puede proclamar su legitimidad a la dirección espiritual y política de Europa: se invoca el mito del *Reich* como compensación de la derrota alemana, de sus debilidades ante Occidente. Este mito es el punto esencial de encuentro entre los alemanes cultivados y Hitler. De cualquier manera, si bien en su obra de seducción de la burguesía alemana cultivada, Hitler intuyó pronto el partido que podía sacar de la idea del viejo imperio, él no es su instigador: los conservadores católicos y nacionales ya habían trabajado, antes que él, en el renacimiento del mito.

¿Cómo reaccionaron los austriacos ante esta mitificación? ¿Puede hablarse de un apoyo austriaco al mito del Reich?

Sí, por supuesto, en particular entre los medios católicos y socialdemócratas. La Alianza popular germanoaustríaca, dirigida por el presidente socialdemócrata del Reichstag, Paul Löbe, cuyo vicepresidente fue durante mucho tiempo un nacionalalemán, trabajó muy estrechamente con los partidarios austriacos de la gran

³ Waldemar Gurian. *Bolschewismus als Weltgefahr*; Lucerna, 1935. Primera aproximación al concepto de totalitarismo. Inspiró a Hannah Arendt y a muchos autores [N. de la R.].

Alemania. A éstos los reclutaban en todos los partidos, mucho más allá de los herederos de los nacionalistas alemanes de Schönerer, que habían sido los pioneros de las ideas granalemanas bajo la monarquía habsburguesa, y quedaron muy pronto fascinados por la personalidad de Hitler. Entre los partidarios de la gran Alemania figuran en primerísimo lugar los socialdemócratas austriacos, que reclaman el *Anschluss* desde 1918-1919. De la misma manera, en la escuela histórica austriaca no son sino pocos los autores que en esa época no hayan estado tentados de reconstituir un enfoque global (*gesamtdeutsch*) de la historia de Alemania, a semejanza del historiador Heinrich von Srbik, que se esmeró particularmente en relativizar el alcance histórico del momento de la pequeña Alemania, con lo que confirmó la posición de la mayoría de los historiadores alemanes: en la época de Bismarck, la cuestión alemana no podía arreglarse más que con la forma de la pequeña Alemania, pero de ahí en adelante, una solución granalemana era posible y por lo tanto debía alentarse.

La cesura no interviene sino en 1933, cuando la llegada al poder de los nazis conduce a los socialdemócratas austriacos a privilegiar, en nombre de la lucha contra el fascismo, la solución de un Estado austriaco. Los austrofascistas austriacos hicieron lo mismo en razón de la amenaza brutal que Hitler hacía pender sobre ellos. Pero una vez realizado el *Anschluss*, los socialdemócratas austriacos mismos se adhirieron mayoritariamente a él: Karl Renner, el antiguo canciller y futuro presidente de la república, votó a favor del *Anschluss*.

UN ESTADO NACIONAL POSCLÁSICO COMO LOS DEMÁS

Usted evoca en su obra el recorrido de un intelectual que tiene una evolución inversa, Thomas Mann. Y cita particularmente un discurso que pronunció después del éxito de los nazis en las elecciones de septiembre de 1930, en donde subraya con fuerza que la cooperación con Francia es un imperativo para Alemania en su camino hacia el Occidente. ¿Piensa usted, para establecer un puente con los intercambios actuales entre nuestros dos países, que siga siendo de actualidad?

Por supuesto. Haré primero una observación sobre Thomas Mann: el texto que más cito en mi obra es su discurso de mayo de 1945 sobre Alemania y los alema-

nes. En él desarrolla la idea de que Alemania no se liberó realmente de la edad media y sigue llevando en ella esa herencia. En un pasaje de ese discurso explica que su experiencia al respecto es casi corporal, en una alusión a sus *Consideraciones de un apolítico*, de 1918.

Esa es una observación que hace usted también a propósito de Lutero. Estima que los alemanes heredan de Lutero no sólo el luteranismo, sino también el legado medieval.

En efecto. Ese es un punto en el que incluso me diría en pleno acuerdo con Carlos Marx. El sostiene en su *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* una tesis notable, según la cual Lutero no supera más que en forma parcial la edad media, y que en este sentido también hace en parte labor de preservación, lo cual nos remite a la cuestión de las relaciones con los judíos. Esta superación parcial de la edad media es la vertiente oscura de la historia de un país en el que, por todo tipo de razones, el equivalente de un acontecimiento como la Revolución francesa nunca tuvo lugar, lo que permitió la persistencia de formas de pensar y de sentir directamente heredadas de la edad media. Thomas Mann ilustra este punto con la relación que mantiene Lutero con la cuestión del mal, del diablo, y cita a propósito a Fausto y a Mefisto. Pero más notable aún es la interpretación que formula Thomas Mann respecto de las contradicciones de la historia alemana, que Helmut Plessner empleará como *leitmotiv* de su obra *La Nación retrasada*: “No hay dos Alemanias, una buena y una mala, sino una sola Alemania, lo mejor de la cual es arrastrado al mal por la astucia del diablo”. Esto puede parecer muy metafísico, pero es la expresión de una profunda verdad: el idealismo alemán, la interioridad alemana, condicionados por lo arbitrario del Estado, no oponen contravenenos a las fuerzas demoniacas tal y como operan en el nazismo. Ernst Cassirer recurre igualmente a estos argumentos en sus escritos de la misma época.

En lo que se refiere a la relación francoalemana, ésta es sin más ni más decisiva para el desarrollo de Europa. Para aclarar este punto quisiera subrayar cuánto la reunificación alemana lleva en sí la suerte de cierta normalización. La reunificación suponía el reconocimiento de la frontera oriental de Alemania del Óder y el Neisse. Este reconocimiento resolvió en definitiva la cuestión polonesa. Tal vez fue necesaria la experiencia de estas cuatro décadas de división de Alemania en

dos Estados para llevar a la aceptación íntima de esta frontera oriental. Incluso para las poblaciones alemanas originarias de las provincias orientales desplazadas después de 1945, esta cuestión había perdido mientras tanto mucha importancia y no suscitó controversia política. Así, por vez primera, la Alemania reunificada no tenía problemas de fronteras. La añeja cuestión “¿En dónde está la patria alemana?” se resuelve por fin. La famosa contradicción entre Estado-nación y nación cultural (*Kulturnation*) misma queda abolida. La cuestión de la nación alemana se resuelve definitivamente en lo que se refiere a las fronteras. El equivalente interno de esta evolución es la modificación del derecho de la nacionalidad, en el sentido en que la noción de nacionalidad ya no se define étnicamente, sino en un sentido occidental, mediante el momento voluntario de la decisión, en una combinación de *jus soli* y *jus sanguinis*.

La estrecha relación francoalemana y el consentimiento francés a la reunificación eran una condición para la aceptación por parte del conjunto de los otros países vecinos de Alemania. Sin embargo, hay un problema: para hacer esto, el gobierno federal pagó un precio que resulta problemático. Kohl quería la realización simultánea de la moneda única europea y de un salto cualitativo de la unión política. Mitterrand no estaba listo para ello. La disociación de estas dos cuestiones constituyó una forma de hipoteca para la moneda europea, que no está sostenida por una estructura política europea correspondiente.

La unión política sigue transformándose, lo que vuelve manifiesta la importancia del desafío: sin una fórmula francoalemana para la integración política europea no habrá, desde mi punto de vista, avances en la construcción europea. Ahora bien, las concepciones alemanas tienden a acercarse a las de Francia: uno de los avatares tardíos del mito del *Reich*, la particular concepción de Alemania sobre su misión posnacional, parece haber quedado irremediablemente relegado en el pasado.

El discurso de Joschka Fischer en la universidad de Humboldt de Berlín en 2000 y los discursos sobre Europa del presidente federal Rau ilustran claramente el hecho de que los dirigentes políticos de la RFA reconocen que, también en este campo, ya no debe haber *Sonderweg* alemán. La república federal no es ya una democracia posnacional sino un Estado nacional posclásico como los demás: los alemanes tienen que aceptar la idea de que ellos mismos arruinaron su primer

Estado nacional, lo que no les da el derecho de exigir a las otras naciones que ellas mismas rebasen su Estado nacional, en general mucho más antiguo que el Estado alemán. Al leer los discursos del presidente Rau se constata que acepta totalmente la formulación de “federación de Estados-naciones” hecha por Jacques Delors. Por su parte, Fischer, después de algunas vacilaciones, abandonó la noción de Estado posnacional que anteriormente había llevado hasta la paradoja de “nación posnacional”, basándose en la obra de Habermas. Y admite en lo sucesivo que Alemania estaría inspirada al no prescribir a Europa el modelo federal alemán. En efecto, sería muy presuntuoso querer imponer a los franceses y a los británicos, por ejemplo, un modelo alemán. Así que sin duda se trata más bien de buscar un compromiso institucional en el que los Estados-nación constituirían el elemento de base de la unión política.

Al respecto, me interesa mucho el desarrollo del diálogo francoalemán. En efecto, si se comparan los textos del discurso de Lionel Jospin sobre Europa y el de la moción del SPD sobre la Europa apoyada por Schröder, se notan convergencias esenciales, particularmente en lo que se refiere al lanzamiento de un proceso constitucional en el ámbito europeo, lo cual constituye un enorme progreso. De cualquier manera, tal proceso supone la existencia de una opinión pública europea que aún no existe. Sobre este punto, estoy de acuerdo con Habermas, quien explicaba en un artículo reciente que lo único que puede contribuir a formar una opinión pública europea es un amplio proceso de discusión en un marco constituyente. Existen, por otra parte, divergencias entre franceses y alemanes respecto de la forma futura del consejo en las instituciones europeas. El SPD insiste en la idea, que me parece muy interesante, de un bicammarismo apoyado en el parlamento europeo y en una cámara de los Estados, que sería el desarrollo del consejo. Es en este tema en particular en donde los puntos de vista difieren. Mi opinión es que Alemania no debería intentar modelar el consejo a imagen y semejanza del Bundesrat alemán. ¿Qué Estado europeo desearía quedar reducido en Europa al papel de un Land alemán, como el Baden-Württemberg o la Renania del Norte-Westfalia?

¿Cómo concilia usted la doble insistencia sobre el proyecto constitucional europeo y sobre la reencontrada soberanía de Alemania?

Se trata de una soberanía relativa y compartida. Estamos ya en un sistema de repartición de la soberanía entre la unión y los Estados nacionales. Esta es quizás una realidad más fácil de concebir para los alemanes, que ya tienen una experiencia federal. Por otro lado, en el momento mismo en que Alemania recobró formalmente su soberanía, ésta se encontró relativizada por los Tratados de Maastricht y de Ámsterdam, aunque también por las nuevas exigencias de los Länder de desempeñar un papel en Europa.

Ha evocado usted la “disociación” temporal entre los dos objetivos de la unión económica y monetaria (UEM) y de la unión política. Tenemos una forma de moneda “posnacional”, pero no estamos seguros de alcanzar un grado satisfactorio en la unión política en 2004. En caso de desencanto político, ¿no teme usted un repliegue alemán sobre el Estado-nación?

Es una eventualidad, pero existe un riesgo aún mayor de renacimiento de sentimientos nacionalistas, y no solamente en Alemania: se trata de la “sobrexten-sión” espacial de la Unión Europea, en el sentido de Paul Kennedy de *imperial overstretch*. Al respecto, me parece que la decisión tomada en el consejo europeo de Helsinki de otorgar a Turquía *status* de candidato es un error, un objetivo que excede las capacidades de las dos partes, tanto en el plano mental como en el psicológico. Los europeos no están listos para asumir fronteras comunes con Irán e Irak. De igual manera, la identidad de Turquía se ve amenazada si se le exige, sin otra forma de proceso, que se defina como una nación europea. Sería mucho más realista apuntar al establecimiento de una cooperación privilegiada. Pero una adhesión plena de Turquía a la Unión Europea sería peligrosa para la identidad colectiva europea.

Ahora bien, según yo, el desarrollo de una identidad colectiva europea constituye uno de los desafíos esenciales del porvenir, si se quiere prevenir el riesgo de que una decepción en el ámbito político o monetario, por ejemplo, conduzca a impactos que, a cambio, sean regresivos. Al respecto, hay que desear que Europa se muestre a la altura del desafío planteado por los atentados terroristas del 11 de septiembre y sepa sacar todas las consecuencias políticas en lo que se refiere a la política de seguridad y de defensa, aunque también en lo que se refiere a la cooperación en materia de justicia y de policía.

LA IDEA DE ESTADO POSNACIONAL: LA ÚLTIMA “EXCEPCIÓN ALEMANA”
POR SUPERAR

Explica usted que el antiguo consenso alemán, fundado en la fórmula de una “democracia posnacional en un sistema de Estados nacionales”, descansaba sobre una conciencia posnacional hoy errónea, que ya no corresponde a la situación de la Alemania contemporánea. Por otra parte, los esfuerzos de formulación de un nuevo modelo político de un Fischer o de un Rau todavía no han desembocado en la instalación de un nuevo consenso. Según su tesis, Alemania estaría pues en una delicada situación de desajuste entre la conciencia que tiene de sí misma y su situación histórica real. ¿Cuál es entonces, en este momento histórico particular, el estado de las fuerzas sociales, intelectuales y políticas entre los partidarios conservadores o reaccionarios de un antiguo Sonderweg alemán, los de una democracia posnacional, y los defensores del Estado nacional orientado hacia la Europa que usted describe?

En este momento, percibo más bien convergencias entre socialdemócratas, cristianodemócratas, liberales y verdes, incluso si el ministro-presidente de Hesse, Roland Koch, pretende lanzar un debate político sobre la identidad nacional. Según lo veo, la cuestión de la identidad nacional es un tema de debate intelectual, no debe ser en absoluto una apuesta de campaña electoral. Pero según yo, se trata más, en Koch, de retórica politiquera.

También creo que se operó una toma de conciencia general por el hecho de que la república federal alemana perdió su *status* particular de Estado “posnacional” y de que además, dicha voluntad de rebasamiento de la nación no podría ser un modelo para la construcción europea. Discutí con Joschka Fischer precisamente sobre este punto, con ocasión de la presentación de los dos volúmenes del *Largo camino hacia el Occidente* en Berlín. El ministro federal concedió en definitiva que la noción de Estado posnacional se prestaba en efecto a confusión y no correspondía a la situación real de Alemania. ¿Cuál era entonces la otra posibilidad? Yo hablaría de un Estado nacional posclásico, entre otros, que debe admitir que las naciones siguen siendo la base de la Unión Europea y que la obra de integración europea consista en hacer converger a estas naciones en una forma de “naciones unidas de Europa”.

En la vieja república federal, la concepción de un Estado federal europeo, análogo al Estado federal realizado en Alemania, estaba muy extendida. Muchos estimaban igualmente que era posible, al término de un proceso institucional, establecer un sistema tomado del modelo de los Estados Unidos de América. La fórmula de los “Estados Unidos de Europa” se emplea por vez primera en el programa del partido socialdemócrata alemán de 1925, en el congreso de Heidelberg, como reivindicación revolucionaria. Bajo el antiguo régimen RFA, en la medida en que la idea subyacente era que Europa debía inspirarse en el modelo norteamericano, a tal punto que Alemania, por ejemplo, viera otorgársele el papel de Texas o Francia el de California, puede hablarse verdaderamente de un pensamiento ahistórico. Al respecto, cito a un historiador medievalista, Hermann Heimpel, según el cual “la existencia de las naciones es históricamente lo que hace que Europa sea europea”. Si esta fórmula, elaborada por Heimpel en la posguerra, es justa, y me parece en efecto que es pertinente, hay que concluir que no existe modelo para la Unión Europea. Esta no puede ser sino un orden que apunte a hacer converger las naciones, y no a rebasarlas. La noción de objetivo posnacional o de extinción de la nación es en cambio un concepto teleológico que descansa en la hipótesis de un momento histórico último en el que las naciones ya no tendrían una función que cumplir. Considero que se trata en este caso de una ilusión que ni siquiera es deseable, en cuanto que se inscribe en oposición a la diversidad cultural europea, enraizada en las regiones y las naciones. Pienso que conviene dejar atrás esta visión utópica y ahistórica.

Al expresarse de esa manera, ¿no se opone usted al proceso de unificación lanzado por el Tratado de Maastricht? Los defensores franceses de las teorías soberanistas estiman en efecto que Maastricht es el fin de la nación.

No, soy favorable a la prosecución del proceso previsto en el Tratado de Maastricht, en el sentido de una integración basada en las naciones europeas como elementos de base y centros de la decisión, en apoyo del parlamento europeo. Se trata de un modelo que no existe en ningún otro país y no tiene, creo, precedente en la historia: naciones muy antiguas, a menudo más que milenarias, se juntan porque son conscientes de su comunidad de cultura y porque quieren su-

perar los conflictos que las dividieron. Ese es el desafío planteado: que el recuerdo mismo de los conflictos y de la conciencia de los lazos culturales constituya la fuerza de la integración europea. Es el desafío intelectual que resumo mediante la expresión de un “sentimiento de nosotros” europeo (*Wir-Gefühl*). Sin este “nosotros” europeo, no habrá constitución europea.

El debate europeo en Alemania está igualmente dividido entre representantes de los Länder que llaman a una Europa de las regiones y los defensores de un reforzamiento del Estado central. ¿Esta nueva línea divisoria no renueva en una nueva modalidad el antiguo debate entre los federalistas europeos y los soberanistas, aportando una nueva versión de la Europa federal, la de una Europa subsidiaria de las regiones, en la que el nivel de la nación perdería su carácter primordial?

En efecto, al escuchar los discursos del ministro-presidente de Renania del Norte-Westfalia, el señor Clement, desde hace algunos años, podría pensarse que la cooperación de este Land con los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo o el norte de Francia es más importante que sus relaciones con Berlín. Pero también en este caso se trata de una utopía alemana. El ministro-presidente de Baviera, el señor Stoiber, se expresa de manera más prudente, pero en conjunto, parece ser que los Länder más ricos y más influyentes de Alemania actúan respecto de Bruselas como en otros tiempos los principales electores en el Sacro Imperio Romano, es decir casi como Estados soberanos. A la lectura de las reivindicaciones de los Länder de principios de los años 1990, se habría podido creer que apuntaban a la instauración de una “confederación de los Estados alemanes” en vez de la república federal.

No creo que esta tendencia al “ultrarregionalismo” se imponga, ni que pueda volverse mayoritaria en un partido. El señor Clement mismo representa en su Land una corriente de pensamiento que pierde influencia, a favor de una toma de conciencia creciente en cuanto a que el nivel federal no podía “cortocircuitarse”. Hace tres años escribí un artículo intitulado “Un separatismo en pantuflas”, en el que estimaba que estas tendencias no podrían imponerse puesto que se topan con una corriente opuesta: la voluntad de que el Estado federal asuma de nuevo todo su papel en materia de política exterior y de seguridad.

El gobierno federal está intentando oponerse a las pretensiones de los Länder insistiendo en el argumento según el cual sus peticiones son incompatibles con las concepciones de otros Estados miembros de la UE, como Francia, y subrayando que los progresos de la Europa política y de la política exterior y de seguridad común imponen que Alemania se exprese con una sola voz. Así, no creo que la visión de una Europa de las regiones esté prosperando en Alemania, al contrario, creo que está debilitándose debido al incremento de las necesidades de seguridad. Poco después de la reunificación, el sociólogo Ulrich Beck había publicado un artículo en el que estimaba que el hecho nuevo de la época que se abría era que no sólo para Alemania, sino también para toda Europa, ya no había enemigo. Yo nunca creí en esta utopía pacifista porque la amenaza fundamentalista ya se dejaba sentir, quizás mucho más difícil de combatir que los enemigos “convencionales”. No que creyera yo en las tesis de Samuel Huntington o en la hipótesis de una conflagración entre países cristianos y musulmanes, sino más bien en la perspectiva de un conflicto de las civilizaciones contra los fundamentalismos.

¿QUÉ ES LA RESPONSABILIDAD ALEMANA?

¿Cómo recibieron su libro en Alemania? ¿Cómo recibieron los ciudadanos alemanes su proposición de “puesta al día” de la realidad alemana, desprovista del “mito” de la democracia posnacional? Por otra parte, dos discursos importantes que usted evoca, los del presidente federal Johannes Rau y del ministro de Relaciones Exteriores Joschka Fischer, toman nota de la historia que usted propone.

Esta obra encontró poca contradicción y mucha aprobación. Muy pocos críticos para mi gusto, porque esperaba que algunos intelectuales de izquierda que critico en el segundo volumen trataran de refutar mis tesis. Constató más bien una forma de aquiescencia tácita, de la que no podría decir si equivale a aprobación. La crítica histórica es en conjunto favorable, incluso si algunos lamentan que la historia de la sociedad no tenga una mayor extensión –pero esta ya se escribió– o si otros estiman que se trata de una historia demasiado narrativa. Me pareció que una historia de los problemas constituía un enfoque interesante... más interesante que una historia total.

En lo que respecta a las reacciones de la clase política, me sorprendió el impacto del libro y el hecho de que numerosos argumentos que desarrollo se hayan tomado en cuenta. Mi tesis central encontró una amplia aprobación en los círculos socialdemócratas, ante el presidente Rau o el canciller Schröder, incluso si a este último le pareció que era yo demasiado crítico respecto de Friedrich Ebert o demasiado positivo sobre Gustav Stresemann. Joschka Fischer también leyó la obra y la comentó positivamente. Recibí la aprobación por parte de la presidenta de la CDU, la señora Merkel. En las librerías, el libro está teniendo cierto éxito, la cuarta reedición salió en otoño. También la crítica polaca recibió bien el libro; de hecho, está prevista una traducción al polaco.

La importancia que pone usted en el relato y la elección que hizo de una forma más larga que de la de un ensayo, ¿no expresa en realidad, mediante una forma de recolección, la voluntad de obrar como exorcismo de la historia alemana?

Primero que nada, pienso que es necesario cuidarse de considerar que, en historia, la forma narrativa sería incompatible con la preocupación de hacer obra científica. La narración constituye, en efecto, una forma de explicación. No se trata por supuesto de responder a la pregunta un poco idílica de saber cómo sucedieron las cosas, sino más bien de por qué sucedieron de esa manera. Este es un aspecto en el que me distingo de una escuela de historiadores que tiende a inspirarse en el estilo de escritura de las ciencias sociales. Para mí, las apuestas teóricas contribuyen a estimular el pensamiento, pero también hago esfuerzos por relatar los debates teóricos. Así, en el transcurso del siglo XIX, como repetición de la revolución de 1848, se da este debate imaginario que instauo entre Carlos Marx, como representante de los socialistas revolucionarios, Lorenz von Stein, un conservador cultivado, y Ludwig August von Rochau, un liberal crítico. Es un pasaje que redacté con muy particular placer: tres mentes cuyas orientaciones intelectuales difieren, se ven confrontadas al mismo problema y participan en un diálogo.

Fue mi deseo escribir esta historia problemática con el fin de despertar el interés por la historia como medio de orientación en el presente. Pienso que Ranke tenía razón al afirmar que la verdadera política debe tener un fundamento histórico. Es patente que Alemania está sometida a una determinación de su nueva

situación con base en una historia que es mucho más antigua de lo que se pensaba bajo la antigua república federal. Practico pues una forma de exorcismo, en el sentido de que intento combatir los mitos históricos de cualquier índole. El mito del imperio, completado con el mito de Prusia, quizá constituye antes de 1945 el mito más importante. Desde entonces, nuevos mitos se han desarrollado: el propósito de una democracia posnacional casi adquirió la fuerza de un mito. La RDA intentó fundar la legitimidad de la nueva dictadura en el antifascismo o en la ideología de un Estado fundado en el internacionalismo proletario: ¡tantos mitos! Llego a una interpretación más controvertida: pienso que, bajo la antigua república federal, existía un mito conservador que representaba los acontecimientos del 20 de julio de 1944 como la fundación de la república federal, lo que implicaba que se evacuara el problema de los prejuicios antidemocráticos y antioccidentales de las antiguas élites. El resultado de esto fue una interpretación preocupada por la armonía, producida al principio por los partidos conservadores, y que contribuyó a aliviar la conciencia de la antigua república federal. A partir del final de los años setenta, lo que se impuso como mito fundador de la república federal fue la idea de Auschwitz. Para Oskar Lafontaine, se trata de una parte de “nuestra identidad de nación federal”, y ni siquiera se trata ya de un acontecimiento que le concierna a Alemania en su globalidad.

Y aquí es donde se involucra el fenómeno de “acortamiento” del horizonte temporal de la República Federal de Alemania: en la antigua RFA, existía una representación de la historia que era bipolar y muy corta: un punto fijo negativo, un polo negativo, el holocausto, el acontecimiento fundamental que no debía repetirse jamás y que justificaba que nunca más hubiese Estado nacional alemán, y por otra parte había una experiencia positiva, la del éxito de la República Federal de Alemania, del “milagro económico”. Y eso era todo. Así, el horror de Auschwitz en cierto modo se mitificó. Porque no se dieron más que respuestas muy cortas a la pregunta de saber cómo habíamos podido llegar a eso. Incluso en Günter Grass, se trata de la secuencia: fundación del imperio, Estado nacional, Auschwitz. *Post hoc, ergo propter hoc*. Sin Estado nacional no habría habido Auschwitz, luego entonces ya no habrá Estado nacional. Es en mi opinión una explicación un tanto corta. Pienso que la asimilación crítica del conjunto de la historia alemana exige que nos interroguemos seriamente sobre la razón por

la que llegamos a Auschwitz, si existía una determinación en el hecho de que llegáramos a eso, si existían otras vías posibles, por qué las alternativas liberal, democrática e incluso conservadora finalmente fueron vencidas.

Exige también que se acepte esta historia, pero no en el sentido de reivindicación de una anomalía. Pienso al respecto en una fórmula que forjó con ocasión del debate sobre el compromiso de la Bundeswehr en Bosnia en 1995, el secretario general del SPD en ese momento, Günter Verheugen, hoy miembro de la comisión europea: la República Federal de Alemania debe tener un comportamiento absolutamente pacifista; los que se preguntan por qué, deben visitar el museo del holocausto en Washington. Esta fórmula, inconscientemente, era cínica: los franceses y los británicos pueden, deben comprometerse, pero nosotros no. En efecto, al razonar de esta manera, se hace del holocausto un argumento que dispensa actuar cuando se violan los derechos humanos. Esta argumentación estaba muy ampliamente extendida hasta 1999 y sigue siendo fuerte hasta nuestros días. Pero pienso que con la decisión del gobierno de coalición SPD-verdes de participar en la coalición en Kosovo, este tabú se rompió, incluso en los partidos de izquierda. Hace algunos meses hubo repercusiones de este debate respecto del compromiso en Macedonia [y más recientemente aún con la decisión histórica de enviar tropas a Afganistán. N. de la R.], cuando le faltaron algunos votos del SPD y de los verdes a la coalición rojiverde durante la votación en el Bundestag, basados en el siguiente argumento específicamente alemán: “Ya no debemos tomar las armas después de Auschwitz”, lo que constituye por lo menos una instrumentalización inconsciente. Yo por mi parte recurro a la objetividad, a una conciencia crítica de la historia, que impide su instrumentalización.

Da usted a entender que la posición de Günter Grass es hoy en Alemania muy minoritaria, mientras que en el extranjero sigue percibiéndose como la posición central de Alemania. Por otra parte, si bien su tesis no suscitó debate, les queda a los alemanes la tarea de enfrentar las consecuencias que conlleva. Al respecto, el semanario alemán Die Zeit, precisamente después de la votación del Bundestag sobre el compromiso en Macedonia, reprochaba al ministro federal de Relaciones Exteriores, en un artículo titulado “Joschka von Bismarck”, intentar llevar a Alemania más allá de lo que realmente podía hacer en política exterior.

Había en la oficina de los ministros alemanes de Relaciones Exteriores, hasta 1998, un retrato de Bismarck. A su llegada a la cabeza del *Auswärtiges Amt*, Joschka Fischer decidió deshacerse del retrato. Quizá no quería a Bismarck como modelo. La tesis del artículo de *Die Zeit* me parece poco convincente y más bien artificial en lo que se refiere a Fischer. Mientras que el canciller Schröder, desde su llegada a la cabeza del gobierno, fue capaz de aprender de Bismarck en lo que se refiere al realismo en política exterior.

No cabe duda de que Fischer ha sido un “alumno” extremadamente dotado y ha aprendido enormidades desde que es ministro de Relaciones Exteriores: sabe mucho mejor que cualquier otro político alemán con qué conceptos y con qué palabras llevar hacia sí a sus copartícipes europeos. En este sentido, ha hecho que la política exterior alemana haga inmensos progresos en el camino de la “normalización”. Tengo mucha curiosidad por saber cómo se desarrollará el debate si, en el marco de la coalición antiterrorista, la Bundeswehr está obligada a aportar contribuciones que excedan sus capacidades reales. No es la menor ironía de la historia que un gobierno rojiverde se vea forzado a corregir la negligencia crónica de la Bundeswehr -negligencia de la que el antiguo gobierno de Kohl no es menos responsable que el gobierno de Schröder-. ❧